

ACTIVIDAD 3

Lectura comprensiva sobre el amor

Tiempo sugerido **60 minutos**

¿Qué pasa con la literatura actual a la hora de hablar del amor? A continuación, vas a leer un fragmento de la novela "El libro del mal amor" de Fernando Iwasaki, teniendo en cuenta que en la siguiente etapa deberás crear una novela gráfica a partir de tu lectura.

Así transcurrió la primera semana de aquel verano, sin que nadie hiciera progresos notables en sus respectivas empresas sentimentales, hasta que Mario dio con la tecla que activó alguna fibra sensible de Roxana y de paso las precoces glándulas de todo el grupo: las historias de terror. Contarlas requería de una nocturna liturgia que oficiábamos al atardecer y que alcanzaba su clímax en la medianoche, cuando la luz de las velas operaba el hechizo de abolir la oscuridad que nos imponía el corte del fluido eléctrico. Entonces nos sentábamos en círculo y compartíamos tétricos relatos poblados de espíritus, cadenas, embrujos y pactos de ultratumba, que culminaban al amanecer entre achunchones y temblores que nos obligaban a acompañar a las chicas a sus *bungalows*, y después a regresar corriendo para no toparnos con el soldado sin cabeza.

Pronto advertí que Carmen tenía una indescifrable debilidad por aquellas fábulas macabras, y procuré sentarme a su lado para sacarle todo el provecho posible a sus explosivos terrores infantiles, que a veces me sorprendían en forma de pellizcos y otras como indefensa mano que pavorida encontraba refugio en la mía. Fui feliz mientras duraron los relatos más novedosos y espeluznantes, pero cuando las historias empezaron a repetirse Carmen dejó de tener miedo y ya no me permitía que le abrigara sus dedos temblorosos como cachorros. Recuerdo que habíamos contado la diabólica leyenda de la casa Matsushita, el terrible cuento de la monja del Hospital Loayza y varias versiones de la vieja historia de "la chica que hacía *auto-stop* y que se llevó la casaca del chico que la recogió y que después descubrió que la chica había muerto y encontró su casaca sobre la tumba de la chica", y por eso resolví que era momento de remozar el género y reemprender la conquista de ese pulpo tierno y cariñoso que era para mí la mano de Carmen.

Primero urdí sepulcrales patrañas ambientadas en cuarteles de provincias, salpicándolas de testimonios apócrifos y comprometiendo a alguno de los soldaditos que patrullaban los

alrededores. Luego probé la fortuna con los episodios de ahogados que volvían del más allá para recoger sus pasos, y hasta inventé un fantasma que chocarreaba resentido entre los chalecitos de Playa Hondeable, contribuyendo así a electrizar todavía más la atmósfera de nuestro cenáculo esotérico. Pero fueron las terroríficas historias de la casa de mi abuela -un decrepito caserón de Lince que mi enamorada imaginación convirtió en una grieta del infierno- las que mayores satisfacciones me proporcionaron.

Ante el estupor de mi crédulo auditorio, la casa de mi abuela olía siempre a azufre, los fantasmas de mis tías revoloteaban de un lado a otro y una perversa criada llamada Guillermina escondía en su ropero mustios muñecos picoteados por enjambres de alfileres. Carmen suspiraba imaginando que yo era capaz de dormir en ese caserón maldito, y ello me llenaba de trivial satisfacción. Todo me habría salido rodado de no haber sido por Gonzalo, quien amenazó con desenmascaramme si no inventaba una historia con él de protagonista. Sin embargo, el remedio fue peor que la enfermedad, pues cuando conté que el espíritu de nuestra bisabuela le seguía a cualquier parte, Rosario huyó de Gonzalo como la peste. Entonces Mario sugirió un nuevo y aterrador esparcimiento: la ouija.

Al principio fue Nicolás quien nos hizo trampas, pues todas las almas convocadas resultaron ser de chicas que opinaban que él era el más guapo e inteligente del grupo. Más tarde fue Mario quien le hizo decir a un espíritu que uno de nosotros se casaría algún día con una de las chicas presentes, y ahí decidí que se manifestara el presunto ahogado de Playa Hondable, aparición que congeló a todos y apaciguó las tribulaciones casamenteras de más de uno. El fantasma estaba harto de nosotros y deseaba hacernos daño -mucho daño-, pero la luz de mi aura astral se lo impedía. Nunca olvidaré la cómplice sonrisa de Roxana, ni la escurridiza mano de Carmen entre las mías.

Por desgracia, los relumbrones astrales que nimbaban mis raboseos se extinguieron cuando se estrenó una película que toda la pandilla esperaba con enfermiza ansiedad: *El exorcista*. ¿A quién le interesaba la ouija y los cuentos de aparecidos?

La censura calificó *El exorcista* para "mayores de 14" y en medio de grandes preparativos Roxana, Mario, Gonzalo, Rosario y Nicolás planearon su expedición al cine "Pacífico". Carmen tuvo un berrinche cuando supo que no podía ir, más yo la consolé doblemente contento porque nos quedaríamos juntos y porque además no tendría que ver la dichosa película. Me gustaba presumir de valiente para impresionarla, pero en el fondo era un cobarde y sentía pánico ante la posibilidad de ir al cine. Máxime cuando aquella noche los exorcistas volvieron lívidos, hablando de espumarajos marrones, de voces infernales y de cabezas que giraban como una perinola sobre su pescuezo.

Los días siguientes reconstruyeron una y mil veces las escenas más sobrecogedoras de la película, y conforme aumentaba mi horror crecía el deseo de Carmen por conocer a los personajes. Durante el desayuno del viernes advertí que me interrogaba con la mirada de princesas en peligro, y temí lo peor cuando me abordó para saber si sería capaz de hacerle un enorme favor. Estuve a un tris de responderle “menos acompañarte a ver *El exorcista* pídemelo lo que quieras”, pero cogió mi mano y me ordenó con dulzura: “Tienes que llevarme al cine. Mis papás no quieren que vaya con ellos y tampoco me dan permiso para ir sola. ¿Sabes?, si no veo *El exorcista* me muero”. Como ya vivía sin vivir en mí, pensé: mejor muero porque no muera.

El principal problema no era nuestra edad sino mi aspecto infantil, pues, aunque la función estaba calificada para mayores de 14 y yo tenía casi doce, por más colonia que me echara mi facha siempre sería la de un niño de nueve. Por eso necesitábamos que una persona mayor nos acompañara y la única que se me ocurría era mi tía Nati, íntima amiga de mi mamá y además mi madrina. ¿Cómo lograr que aceptase sin dar demasiadas explicaciones y a la vez comprometiéndole a no hacer indiscretos comentarios?

La tía Nati estaba feliz con el numerito, mas no le hacía ni pizca de gracia tener que soplarse *El exorcista*. Los periódicos hablaban de repentinos infartos que habían dejado tieso a más de un espectador en su butaca, y ella opinaba que me convenía más seducir a Carmen con una película romántica y “de preferencia con mariachis”. Mas su curiosidad pudo más que el miedo y se ofreció encantada, pensando que así conocería a Carmen antes que su comadre. Además, yo no contaba con los arrebatos celestinescos de mi madrina.

-Todavía no es mi chica, tía.

-No seas zonzo, ahijado. ¿Acaso crees que si ella no quisiera estar contigo te habría aceptado ver *El exorcista*? ¡Qué horror, eso es amor!

Fernando Iwasaki. *El libro del mal amor* (Fragmento adaptado).
Editorial Alfaguara Infantil y Juvenil, Madrid: 1997.

3. 1. Ahora responde las siguientes preguntas para revisar la comprensión del texto:

1) Según el texto Carmen dejó de tener miedo, cuando:

- A. Sus manos sentían el calor de otras.
- B. Sus amigas estaban sentadas a su lado.
- C. Las historias de terror se le hicieron conocidas.
- D. Los relatos dejaron de incluir criaturas espeluznantes.

2) ¿Quién sugirió que comenzaran a usar la ouija?

- A. Mario.
- B. Roxana.
- C. Rosario.
- D. Gonzalo.

3) Según el narrador ¿cuál era su mayor problema?

- A. Verse muy infantil.
- B. Ser menor de edad.
- C. Aburrirse con las historias de miedo.
- D. Estar enamorado de la persona incorrecta.

4) ¿Qué es lo que complicaba al narrador respecto del cine de terror?

- A. Le daba muchísimo miedo.
- B. Le parecía poco convincente.
- C. Lo encontraba demasiado largo.
- D. Lo consideraba para personas mayores.

ACTIVIDAD 3

3.2. Pensando en que este fragmento será luego convertido en una novela gráfica ¿Cómo lo vas a sintetizar?

- A) Considera un máximo de 12 cuadros o viñetas. Por lo tanto, necesitas sintetizar el texto en doce momentos o escenas ¿qué presentará cada una?
- B) Enumera y haz una pequeña descripción de cada cuadro, a modo de preparación para el dibujo.
- C) Escribe los diálogos.

Ahora comparte tu propuesta con tu compañero o compañera más cercana y responde que lograste y que debes perfeccionar.

CRITERIO	LOGRADO	MEDIANAMENTE LOGRADO	POR LOGRAR
Logré sintetizar el fragmento en los doce cuadros sin perder pasajes relevantes.			
Describí cada cuadro.			
Escribí los diálogos intentando ser creativo y caracterizar a los personajes correctamente.			
Compartí mi propuesta y logré explicarla sin perder el hilo.			
Escuché atentamente los comentarios sobre mi trabajo.			
Tomé nota de las sugerencias y las integré a mi propuesta, si es que aportaban a la idea por desarrollar.			